GT 46: Filología Clásica

Madres de la tragedia: el enigma de Yocasta

Elena Rodríguez Ávila

Ayudante, Departamento de Filología Clásica, Instituto de Letras, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Udelar.

eleni.roda@gmail.com

Madres de la mitología griega

Seres dolientes, madres abnegadas, llorosas por los crímenes contra sus hijos y víctimas de la guerra, o mujeres coléricas, enloquecidas, capaces de vengar con la sangre de sus hijos la perfidia del padre. Todas ellas de un profundo *pathos*, dispuestas a soportar abusos y a realizar los actos más heroicos y también los más atroces para preservar las vidas que concibieron. Así han sido distinguidas casi todas las madres en la tragedia griega. Desde Esquilo a Eurípides, quienes enriquecieron con el motivo trágico femenino la herencia épico-cíclica, las madres han teñido las tragedias con las más profundas manifestaciones de dolor por la desaparición de sus hijos.

Alicia Esteban dedica un trabajo a las mujeres dolientes de la mitología griega, y coloca en un lugar primordial a las madres que sufren por la pérdida de un hijo[1]. En los escritos, incluidas las tragedias, y en las representaciones iconográficas, las madres han sido presentadas como portadoras de gran padecimiento, desde los gemidos de puro horror de Hécuba y Andrómaca hasta el dolor extremo de Níobe, postrada ante la calamidad, convertida en piedra.

Pensemos en el dolor de la diosa Deméter, encerrada en su velo, y las consecuencias devastadoras para el cosmos. Solo la parcial restitución de Perséfone a su madre pondrá

[1] Esteban Santos, A. (2008). Mujeres dolientes épicas y trágicas: Literatura e iconografía. *Cuadernos de filología clásica: Estudios griegos e indoeuropeos*, 18, pp. 111-144. Recuperado de: http://revistas.ucm.es/index.php/CFCG/article/view/CFCG0808110111A

fin a una situación de absoluto caos y esterilidad. Mencionábamos brevemente a Níobe, quien arrasada por la culpa y la aflicción, llora a sus hijos asesinados hasta petrificarse, y aun en su metamorfosis continúa vertiendo lágrimas.

Diosas y mortales sufren de igual manera.

En las tragedias, las madres conmueven y emocionan con su afecto desbordado: protagonistas de inevitables duelos, se atreven a llevar esa pasión extrema fuera de todo límite. Siempre están al borde del exceso en el llanto, el treno, la negra cólera.

¿Qué decir de las madres del ciclo troyano? Algunas de ellas, botines de guerra —tales son Hécuba y Andrómaca—, soportaron todos los abusos y los más terribles crímenes contra su familia. La madre de Héctor pierde uno tras otro a sus hijos a manos de los enemigos de Troya y es tal su furiosa desesperación que de forma activa toma venganza, y en alguna variante del mito se convierte en perra, madre por excelencia.

En la sufrida Andrómaca tenemos el prototipo de las mujeres víctimas de la guerra: lo pierde todo a manos del cruel Aquiles, ve morir a su Astianacte al ser precipitado de la torre de Ilión. A su desgracia se suma el ser concubina del hijo del matador de su marido. No obstante dará un hijo a Neoptólemo, un hijo del abuso y la esclavitud, y ese niño no solo no sufrirá el rechazo de su madre sino que será amado y protegido en las circunstancias adversas.

Hasta la colérica Clitemnestra se entrega al crimen para vengar el asesinato de Ifigenia, no puede perdonar al esposo el sacrificio de su hija, ninguna guerra lo justifica.

En un mito independiente del ciclo y con un tratamiento magistral de Eurípides vamos al encuentro de Medea, asesina de sus hijos. Deshonrada por Jasón, quien traiciona los juramentos matrimoniales, comete crimen contra sus hijos, varones estos[2], con la finalidad de herir al padre. Asistimos al doloroso monólogo de Medea y su vacilación ante la temeraria acción que se propone llevar a cabo. Sus razonadas meditaciones, *bouleúmata*, y el afecto maternal dan una dura batalla a su enloquecido impulso, *thymós*, pero finalmente triunfa la *manía* y sus sangrientos planes serán ejecutados.

Es a las mujeres, fundamentalmente a estas madres, en el restringido ámbito de la tragedia a quienes se les permite manifestar el dolor convertido en llanto, en gemidos y gritos desgarradores e incluso en la consumación de crímenes por venganza.

Si la finalidad cívica de la mujer es dar a luz, la pérdida de los hijos las exime del pudor, les es permitido dar rienda suelta a su desesperación, aunque sea en el espacio mimético.

[2] En aquellos casos en que las madres atentan contra la vida de su progenie, siempre se trata de hijos varones, ya que la desaparición de estos atenta contra la perpetuidad paterna.

Sin ánimo de ser exhaustiva en la exposición, he querido exponer a las más sobresalientes de acuerdo a los extremos de aflicción que padecen.

Pero las pasiones antes mencionadas y las desbordadas expresiones de dolor por la pérdida maternal no se cumplen en Yocasta, según lo ilustrado en la ejemplar tragedia de Sófocles, *Edipo Rey*. Yocasta no es sufriente y pasiva espectadora de la muerte de su hijo, ni tampoco asesina de su vástago por venganza sobre el padre.

En el *Edipo Rey* se evidencia enigmática, fría y de terco silencio. Oculta hechos del pasado y se interpone en la búsqueda de la verdad, llegando a mostrarse, por momentos, como fiero antagonista de Edipo. Cuando la verdad comienza a oprimir y está a instantes de hacerse pública, cuando amenaza con correrse el velo que la cubre, Yocasta se suicida en el *oikos*.

Yocasta antes de *Edipo Rey*

Ya en la Ilíada se encuentra una breve mención a Edipo, con motivo de los juegos fúnebres en honor a Patroclo. Edipo habría muerto en combate y honrado por el pueblo de Tebas.[3] No se menciona a su madre ni a su esposa.

Interesa traer a estas páginas los siguientes versos de la Odisea, donde se explicita la existencia de Yocasta/Epicasta y su relación con Edipo. Odiseo, en su descenso al Hades, se encuentra con almas de seres ilustres:

> También vi a la madre de Edipo, la hermosa Epicasta, la que cometió una acción descomedida, por ignorancia de su mente, al casarse con su hijo, quien, después de dar muerte a su padre, se casó con ella (los dioses han divulgado esto rápidamente entre los hombres). Entonces reinaba él sobre los cadmeos sufriendo dolores por la funesta decisión de los dioses en la muy deseable Tebas, pero ella había descendido al Hades (…) [4]

Como advierte Rosa Santiago, en las distintas referencias al mito de Edipo tales como las encontradas en las epopeyas cíclicas, en algunas tragedias, en Píndaro, entre otros, comprendemos el fuerte hincapié que se hace en el parricidio, en la maldición del padre contra los hijos, en el conflicto del patriarcado, más que en el incesto y en la figura materna. [5]

---

[3] Homero. Ilíada. XXIII, 677 y ss.

[4] Homero. Odisea. Trad. de José Luis Calvo. Barcelona: Altaya, 1995. Citamos aquí las pp. 208-209 de la versión castellana, corresponde al canto XI, v. 271 y ss. En versos posteriores se precisa la muerte de Yocasta por ahorcamiento, «poseída de furor».

[5] Santiago Álvarez, R. A. (1985). Algunas observaciones sobre el mito de Edipo antes de los trágicos. *Habis*, (16), pp. 43-65. Recuperado de: http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=57786 La cita corresponde a la p. 64.

En un segundo estadio del mito, los escasísimos fragmentos conservados del denominado Ciclo tebano cuyas epopeyas *Edipodia*, *Tebaida*, *Epígonos*, conocemos más que nada por fuentes secundarias, también carecen de menciones a la madre/esposa de Edipo.

De la tetralogía compuesta por Esquilo —*Layo*, *Edipo*, *Siete contra Tebas* y el poema satírico *La Esfinge*—, se ha conservado solamente la tragedia que relata el enfrentamiento de los dos hijos de Edipo por el trono de Tebas y de su mutua eliminación. No poseemos entonces mayores datos de Yocasta o Epicasta hasta la tragedia de Sófocles.

Es lícito señalar que también Eurípides, en una tragedia llamada Las Fenicias se ocupará de la lucha fraticida de Polinices y Eteocles. Allí la narradora del prólogo es la misma Yocasta, quien también en esta tragedia se suicida, pero esta vez por amor a sus dos hijos y al no poder evitar que se den muerte uno al otro.

Yocasta en el *Edipo Rey*

«Aparentemente algunas de las características estructurales del Edipo Rey podrían explicarse porque se trata de una historia en que, como en Persas y Troyanas, los sucesos fundamentales ya han ocurrido cuando se inicia la tragedia, y no queda sino revelarlos.»[6]

Cuando se representó esta obra, los atenienses conocían el mito en detalle, importaba menos el *qué había sucedido* que el *cómo serían develados estos acontecimientos pasados*. Encontramos a Edipo en todo su esplendor, rey y padre de los tebanos, admirado y honrado casi como una deidad. Pero, por todos conocido, la ciudad se encuentra bajo el influjo de una maligna peste que produce esterilidad en todo ser vivo. Es preciso conocer la causa y remediarlo cuanto antes y a ello se abocará Edipo, sin dilaciones.

> … tenemos una secuencia de entradas de diversos personajes, la mayor parte de los cuales va a ir añadiendo datos, que se irán sumando hasta llegar a la completa revelación del pasado, unos voluntariamente, pero sin comprender el alcance de lo que conocen, otros en contra de su voluntad, forzados por Edipo.[7]

El adivino Tiresias y el siervo de la casa de Layo se niegan rotundamente a declarar lo que saben, es que la verdad es terrible. Tiresias manifiesta «¡El saber qué tremendo es cuando no reporta beneficio alguno al que sabe!» (1º episodio, p. 195, vv. 316-317)[8]

---

[6] De Hoz, J. (1984). La Composición de Edipo Rey y sus aspectos tradicionales. *Estudios clásicos*, 26 (87), pp. 229-240. Recuperado de: http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6785 El fragmento corresponde a la p. 232.

[7] De Hoz, Op. Cit. p. 236.

[8] Sófocles. (1997). *Tragedias completas*. 7º ed. Trad. de José Vara Donado. Madrid: Cátedra. Citaremos la página de la traducción castellana de Cátedra, el verso corresponde al texto griego.

El mensajero que llega de Corinto es un entusiasta portador de noticias, algunas de ellas infaustas para el rey, pero el servidor no lo sabe.

Ahora, ¿en qué situación se encuentra la esposa de Edipo y qué tipo de informante es para aquel que indaga? Yocasta representa ambos aspectos de los personajes, en un principio aporta información sin llegar a comprender la magnitud de sus revelaciones. Contribuye a la *metabolé*, a la inversión de la fortuna, pues otorgando presunta información que traerá sosiego al agitado rey, suscita más sobresaltos y sospechas:

«Era alto y acababa de empezar a encanecer la florida cabellera de su cabeza y no distaba mucho de tu mismo aspecto.» (2º episodio, p. 210, vv. 742-743)

Pero también miente cuando lo considera necesario para su tranquilidad emocional. En el mencionado episodio, manifiesta abiertamente su desconfianza en los oráculos, pero añade cierta información que más adelante, en boca del reticente siervo de la casa de Layo, se sabrá que es falsa:

> … no hay ningún mortal que domine la profesión de la adivinación…no diré, naturalmente del propio Febo sino de sus servidores…no habían acabado de cumplirse tres días de la vida del niño y ya él, tras juntarle las articulaciones de ambos pies, lo había arrojado, a manos de terceros, al fondo de un monte inaccesible. (2º episodio, p. 209, v.708 y ss.)

En una primera instancia, Yocasta pone en duda la veracidad de aquellos siervos del dios Apolo. Esta impiedad o quizás aparente incredulidad de la reina será objeto de observación unos párrafos más adelante. Pero interesa destacar aquí lo que oculta de su pasado, lo que nunca dijo a este esposo: parece que hasta el momento en cuestión nunca mencionó a ese hijo expósito, fruto de su unión anterior, y por consiguiente nunca informó a Edipo de aquella maldición que pesaba en la familia de Layo. Parece, también, mencionar la semejanza de su esposo muerto y este su esposo actual, desde la ingenuidad o acaso la despreocupación.

Silenciosa de su pasado, reticente, sabe más de lo que dice. Al igual que Tiresias, en determinado momento del drama, y con datos que completan lo que intuye, se hará poseedora de la verdad pero se negará a compartirla. Al llegar a esta instancia, hará lo posible para evitar el desenlace que se muestra ineludible.

Edipo transitará su verdad, traspasando el sendero de la ironía y de la apariencia,. La búsqueda del responsable de la mácula que impregna a Tebas, del portador de *míasma*, se convertirá en una búsqueda universal y a la vez individual, imprescindible: el mandato délfico *conócete a ti mismo*.

Es interesante lo que declara De Hoz al respecto:

En Sófocles la

> (…) investigación de la verdad en que se enfrentan la voluntad de conocer, la ignorancia que impide comprender el sentido real de las noticias, la interesada ocultación de datos, y en la que se progresa en parte por inesperadas iluminaciones que surgen al entrar en contacto dos verdades a medias que mutuamente se completan, en parte por la mera voluntad e incluso violencia ejercidas por Edipo sobre los posibles informantes.[9]

Edipo nunca retrocede, siempre quiere saber aunque esa verdad le reporte dolores infinitos. Así se lo manifiesta al siervo de Layo, quien se encuentra en un estado de pavor ante la inminencia de lo que revelará:

> —¡Ay de mí! Estoy ya al borde mismo de declarar la cuestión terrorífica.
>
> —Y yo de oírla, pero sin embargo hay que oírla. (4º episodio, p. 225, vv. 1169-1170)

Es inflexible en el camino del conocimiento, y con su humana inteligencia, descollante entre los mortales, aunque mísera ante los inescrutables designios divinos, sortea los escollos que aquellos temerosos de la verdad van poniendo en su senda.[10]

Es así que se enfrenta a su esposa, la interroga, y ante esa coacción comienza a darse un cambio en Yocasta. Al principio, dirimiendo en la disputa de Edipo y Creonte, se muestra segura y digna. Su discurso expresa frialdad y no titubea ante Edipo, como lo hace Tiresias. No obstante, su aparente solidez y apatía ante lo que sucede se convierten en inquietud creciente, en mentira, en dilaciones para cumplir con lo solicitado por su esposo.[11]

Muy a su pesar, la verdad se develará ante Edipo y antes de que esto ocurra, Yocasta se dará muerte.

Yocasta y el oráculo: ignorancia o irreverencia

¿Podemos acusar a Yocasta de impiedad por querer torcer el destino? ¿Podemos creer que, al poseer esa verdad aterradora, la oculta a su esposo/hijo para protegerlo? Yocasta no protegió a su hijo en el pasado, y es lícito preguntarnos si su reticencia es un tardío amparo a aquel niño o a su propia y temerosa persona.

---

[9] De Hoz, Op. Cit. p. 239.

[10] «Hay, pues, siempre el tema de la acción inflexible del héroe, junto al cual, para contraste, se coloca a los personajes no heroicos, como Tecmesa, Ismene, Yocasta o Crisotemis Rodríguez Adrados, F. (1962). El héroe trágico. *Cuadernos de la fundación Pastor*, (6) pp. 11-35. La cita corresponde a la p. 32. Recuperado de: dialnet.*unirioja.es/servlet/articulo?codigo=2981070*

[11] Recordemos que Edipo requiere la presencia del siervo de la casa de Layo, lo cual ella promete cumplir; más adelante sabemos que nunca envía por él, retrasando el encuentro.

Reniega de los oráculos y cada información que da, inconciente e insensata, los acerca a la verdad:

«De modo que lo que respecta a los oráculos y por razón de ellos, yo no me fijaría en absoluto si van a salir por aquí ni tampoco por allí.» (2º episodio, p.213, vv. 857-858)

Es bastante curioso cómo esta mujer manifiesta no creer en los oráculos, o al menos en quienes los trasmiten, pero en el pasado permitió que se cumpliera la exposición de su hijo por temor a ese oráculo y ella misma da comienzo al tercer episodio de la obra con un parlamento en el que confiesa estar ofreciendo, en calidad de suplicante, guirnaldas e incienso a Liceo Apolo.

Deja traslucir la vacilación entre el temor al cumplimiento de lo predicho por el dios délfico y un alivio que roza la impiedad, cuando por una información incompleta existe la apariencia de que el designio no se cumplirá:

« Vosotros oráculos de los dioses, ¿dónde estáis?» (3º episodio, p. 217, vv. 946-947)

«Escucha a este hombre y, al oírlo, fíjate a dónde han ido a parar los venerables oráculos del dios. (…) ¡Ahora ya no tomes en serio nada de ello! (3º episodio, p. 217, vv. 952 y ss.)

Una estupenda publicación del profesor Rodríguez Adrados, dedicada al mito de Edipo y específicamente al Edipo Rey, confronta las acciones de los esposos:

« Él nada ha pretendido, pero se ve metido en situaciones que exigen una decisión. La tentación de no hacer nada, de dejarse vivir, de no mirar a los hechos de frente, es la de Yocasta. » [12]

¿A qué se refiere cuando en la mención de Yocasta dice «la tentación de no hacer nada, de dejarse vivir»? Quizás se trate de esa expresión reveladora que en determinado momento confiesa esta mujer, y que nos va descubriendo su fragilidad, su antigua angustia detrás de su apariencia algo apática e incrédula: «¿Por qué había de temer un hombre en quien mandan las circunstancias de su destino y cuya previsión no es clara en nada? Lo mejor fuera vivir al azar, como se pudiera». (3º episodio, p. 218, vv. 977-979)

Tanto si los oráculos se cumplen como si no, Yocasta parece entender que lo mejor es vivir el momento, cuidando de sí, evitando lo dañoso, las grandes encrucijadas. A tal punto llega este estado de fragilidad y de tangible temor al cambio de fortuna que podemos, sin duda, expresar que Yocasta «apenas sobrevive».

---

[12] Rodríguez Adrados, F. (1993). Edipo, hijo de la fortuna. *Estudios clásicos*, 35 (104), pp. 37-48. La cita corresponde a la p. 38. Recuperado de: http://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6973

«Tú no tengas miedo a los noviazgos con tu madre, pues, en este sentido, ya infinidad de mortales se acostaron en sueño con su madre, pero quien no valora en nada esos hechos es quien mejor lleva la vida.» (3º episodio, p.218, vv. 980-984)

La respuesta que ella da al torturado Edipo, quien teme todavía cometer un acto incestuoso, más que hacernos considerar a Yocasta como un ser impúdico —especialmente si tenemos en cuenta que en *Las Fenicias* continúa casada con Edipo pese a la revelación del incesto— puede revelarnos un estado de desesperación que va tomando sustancia.

> Pero la prueba más concluyente de que Yocasta tenía conciencia del ilícito que, conforme a las costumbres del lugar, cometía y de la responsabilidad que le asistía, está en las líneas que han dado lugar a lo que se conoce como *complejo de Edipo*.
>
> Ella, si bien en condiciones normales, pudiera no haber aprobado una relación incestuosa, admitía su existencia, sin censura, en ciertas circunstancias: en sueños o, implícitamente, cuando estaba de por medio el poder.[13]

Si bien puedo coincidir con Arteaga Nava en que Yocasta, en algún momento de esta historia, tuvo conciencia de lo que ocurría, pues son muchas las señales que Sófocles deja en la obra, discrepo en parte con las apreciaciones que realiza a continuación:

> Perversamente guardó silencio. Tenia conciencia de que en el momento en que se descubriera la verdad perdería todo y sería considerada impura y desterrada de Tebas. Por ello, ciertamente, trató de que no se investigara ni conociera la verdad; a ello va encaminada la petición a Edipo de que, por bien de él y de ella, no siguiera investigando. Al privarse de la vida, se adelantó a la justicia, impidió se demostrara su culpa y se censuraran lo que para la sociedad tebana eran perversas tendencias sexuales.[14]

Sin embargo, debo aclarar que este autor se apoya en un estudio minucioso del mito en todas sus variantes e integra las influencias egipcias que aparecen allí, referidas al incesto. A la vez, tampoco puedo coincidir plenamente con lo expresado por Rodríguez Adrados en la nota al pie, puesto que lo señalado por él encuadra sin dudas en la sociedad patriarcal de la Hélade; pero en el comienzo de esta exposición advertí que en

[13] Arteaga Nava, E. (1999). Los mitos tebanos de Edipo, Layo y Yocasta. *Jurídica: Anuario*, (29), pp. 393-422. Recuperado de: http://www.juridicas.unam.mx/publica/rev/indice.htm?r=jurid&n=29. Citamos aquí la p. 418.

[14] El fragmento corresponde a la p. 420. Cf. el siguiente pasaje de *Edipo, hijo de la fortuna* de F. Rodríguez Adrados «Esta es la solución pasiva de la mujer en una sociedad patriarcal, que ha repartido de este modo los papeles. Se hace la ilusión de poder vivir sin ambición su vida privada. Se hace la ilusión de que puede comprometer en este proyecto a su hombre: que viva con ella y con sus hijos, que cierre los ojos al mundo amenazante y tentador de fuera.» p. 42.

la tragedia las madres tenían esa «libertad en el dolor», esa posibilidad en el exceso, y se transformaban en seres activos en lo que respectaba a la vida de sus hijos.

Una necesidad imperiosa de Edipo es saber quién lo entregó cuando pequeño para que fuera expuesto en el monte Citerón. «_¿Y el suceso este ocurrió a cargo de mi madre o de mi padre? Acláralo.» (3º episodio, p.220, vv. 1036-1037)

En una primera instancia no logra satisfacer su curiosidad. El mensajero que recibió al recién nacido de manos de otro no posee esta esa información. Pero Edipo insiste en conocer cuál de sus progenitores lo entregó para que muriera y continúa indagando. Tendrá la sorprendente respuesta del aterrado siervo de la casa de Layo:

> —No, por los dioses, no me preguntes más, señor. (…)
>
> ¿Es que te lo entregó ella? —Exactamente, señor. —¿Sabes con qué finalidad lo hizo?
>
> —Para que lo hiciera desaparecer. —Osada! ¿Después de haberlo traído al mundo?
>
> —Por miedo a unos oráculos nefastos. (4º episodio, p. 225-256, vv. 1165 y ss.)

En la primera parte, mencionábamos que Yocasta no atenta contra la vida de un hijo por vengarse del padre; aquí comprendemos que este intento de infanticidio responde a cierto temor de que el oráculo se cumpla y a perpetuar el bienestar presente.

«Si es que te importa algo, por poco que sea, tu propia vida no indagues eso. Bastante hay con que sufra yo.» (3º episodio, p. 221, vv. 1060-1061)

Pese a sus esfuerzos, no ha podido evitar que Edipo continúe investigando, y no tiene el valor para enfrentar la evidencia que ya se precipita.

El suicidio de Yocasta

En el tercer episodio, Yocasta ha entrado en la casa, presa de furia y angustia para darse muerte por ahorcamiento. Cierta distensión llega con su desaparición.

Es pertinente traer a este espacio las palabras de Margarita Garrido, en sus Consideraciones sobre el suicidio femenino en la Antigüedad. Esta acción de suprimir la vida por mano propia es vista como una expresión enigmática, cualidad propia de la mujer.

> En la cultura griega antigua uno de los principales atributos del concepto de feminidad es el de *aidós*, expresión de autocontrol requerido en esposas y doncellas. Para ellas, aidós supone la adopción de una actitud distante respecto al hombre, actitud que se materializa con la permanencia en el interior de la

> casa así como con la expresión de un lenguaje indirecto que las mantiene alejadas de lo público. En esta cultura que en su momento dictaminó que el mejor adorno de la mujer es el silencio, entre el silencio que se les impone y el *lógos* que se les niega, a las mujeres siempre les queda la posibilidad de expresarse enigmáticamente…[15]

Tanto Platón como Aristóteles reflexionaron sobre el suicidio. Aristóteles en su Ética Nicomaquea destaca el suicidio como un acto injusto que la ley prohíbe. En el Fedón, Platón advierte que este tipo de muerte no es admisible si no hay por medio un mandato divino, por lo tanto sería un oprobio. Este filósofo, en el Libro IX de las Leyes, manifiesta que dicha acción, marcada por el deshonor, solo es aceptable si lo ordena el Estado, o si alguna terrible adversidad apremia, o por haber incurrido en alguna ignominia.

Me interesa aquí presentar un fragmento de Leyes de Platón, donde distingue el suicidio como una *actividad impropia del varón*.

> En cuanto a aquel que mata lo que hay de más íntimo y lo que se considera como más querido, según se dice, ¿qué pena debe sufrir? Me refiero al hombre que se da muerte a sí mismo, que se despoja violentamente de la parte de vida que le ha dado el destino, sin que la ciudad le haya forzado a ello, cerniéndose sobre él el dolor excesivo de una desgracia sin salida, sin que la suerte le haya impuesto una vergüenza o una ignominia que le hagan imposible la vida; el hombre que, simplemente por debilidad, por cobardía y por absoluta falta de virilidad se impone a sí mismo un castigo injusto.[16] (873ª-874ª)

El suicido es entonces una «libertad trágica», una muerte de mujer. Por un lado se trata de un hecho privado, pero también parece ser lo que se espera de una mujer deshonrada o presa de furor. Entonces si el suicidio es considerado un acto no viril, más en consonancia con los desbordes de la sensibilidad femenina, ¿qué simboliza del ahorcamiento? Son numerosas las heroínas que se dan muerte por este procedimiento. Además de Yocasta podríamos mencionar a su hija Antígona, a Fedra, a Eurídice, entre otras.

Garrido examina algunos trabajos de Eva Cantarella que relatan ciertos ritos de fertilidad donde se representa el balanceo en columpios y el ahorcamiento como muerte simbólica o pasaje de tránsito donde

---

[15] Garrido, M. (2003). Consideraciones sobre el suicidio femenino en la Antigüedad. Universidad Nacional del Comahue, Facultad de Humanidades, 2001, pp. 126-132. P. 126 Recuperado de: investigadores.uncoma.edu.ar/cecym/catedra/v1/126-132

[16] Tomado de Platón. Las Leyes. En *Obras completas*. Traducción del griego de Francisco de P. Samaranch., 2º ed. Madrid: Aguilar, 1979. La cita corresponde a la p. 1446.

> … la adolescente muere simbólicamente para renacer como mujer capaz de contraer matrimonio y engendrar…Este rito de fertilidad, si bien implica la vida implica también la muerte simbólica; de ahí la secuencia: columpio, relación sexual y ahorcamiento.[17]

Eurídice se ahorca cuando se entera de la muerte de su hijo y, en la misma obra Antígona se queja en su agonía porque ya no habrá nupcias para ella. Fedra se da muerte desesperada por el deseo que siente por su hijastro. Otro caso célebre de ahorcamiento es el de las esclavas de Penélope en la Odisea, a quienes el mismo Odiseo da muerte por su infidelidad.

Es lícito preguntarnos por qué se suicida Yocasta, por qué se ahorca en la intimidad del *oikos*. Como personaje enigmático y evasivo podemos especular que la evidencia del incesto la abruma, o quizás el entender que pronto sabrá Edipo que fue ella misma quien lo entregó para que muriera, o también saberse esposa del matador de su anterior marido, o el pesado agobio por causa de todo lo anterior. Lo que sí es posible afirmar con un poco de certeza es que no puede soportar el cambio de fortuna ni la caída desde su anterior dignidad. En contraposición a Edipo, que elige el camino de la verdad a cualquier precio por aciaga o funesta que sea, su madre niega cualquier ayuda consciente que permita el cumplimiento de la sentencia délfica *conócete a ti mismo*. Porque ¿qué provecho reporta la verdad cuando es devastadora?

Detrás de la indolencia y la simulada impasibilidad hay un ser que está padeciendo, enmascarado bajo el velo de la impiedad religiosa y la incredulidad hay un desasosiego creciente. Pero Yocasta arriesga su íntima paz psíquica y emocional para salvar su sola existencia. Cuando todo aquello se tambalea, decide poner fin a esa vacua y frágil existencia y no tendrá contemplaciones con este hijo ni con aquellos otros, pequeños, que concibió de él.

El final de Yocasta no es virtuoso ni tampoco se presume heroico, pero aplaca a los dioses y será el primer paso para restablecer la salud de la *pólis*.

[17] Garrido, M. Op. Cit., p. 129.